

UN PRESIDENTE ALTO, RUBIO Y DE OJOS CELESTES

Oscar Oszlak

El 12 de Julio de 2002, Otto Juan Reich, Subsecretario Adjunto para América Latina del gobierno de George Bush, describía en Buenos Aires el perfil del candidato ideal de los Estados Unidos para la elección presidencial de la Argentina, que terminaría ganando Néstor Kirchner. Para “encontrar un amigo” en el gobierno norteamericano, ese candidato debía reunir una serie de condiciones inusuales. Sus declaraciones no sólo suponían una ingerencia directa en los asuntos internos de Argentina sino también una abierta manifestación de desprecio sobre el discernimiento político de los argentinos. ¿Cómo hubiera sido vista una manifestación semejante de un funcionario argentino en Washington? Esta nota inédita imagina ese escenario.

Imaginemos que el Presidente Bush está llegando al final de su mandato. Y que en esos días, el Secretario Adjunto de Relaciones Exteriores y Culto de la Argentina, que viajó al país del Norte por razones protocolares, convoque a una conferencia de prensa para anunciar que, en la opinión del gobierno argentino, quien sea candidato a reemplazar a Bush debería reunir las siguientes cualidades: promover activamente que se condone la mitad de la deuda de los países emergentes; luchar contra la corrupción de las grandes corporaciones de los Estados Unidos y sus estudios de auditoría dependientes; defender los derechos humanos de las parejas afganas, evitando bombardearlas durante su casamiento; desregular la economía eliminando los subsidios al acero y el agro; derrumbar el muro construido en la frontera mexicana, manteniendo una política de puertas abiertas a la inmigración; establecer una buena relación de amistad y cooperación económica con su vecino Cuba y dejar de inmiscuirse en los asuntos internos de los países menos desarrollados. Supongamos también que el diplomático argentino agregara que, aún reuniendo esos requisitos, ello no garantizaría que el gobierno de (quienquiera fuere nuestro presidente entonces) le diera automáticamente su apoyo.

Aunque nuestro acto de imaginación parezca absurdo, lo sorprendente es la naturalidad con que los argentinos aceptamos la situación inversa. Esta semana, las primeras planas de los diarios argentinos se hicieron eco de las declaraciones de un funcionario de tercer nivel del gobierno norteamericano, el secretario de Estado adjunto Otto Reich, quien se pronunció sobre los requisitos que deberá reunir nuestro próximo presidente: respetar las libertades individuales, los derechos humanos y las libertades económica y política; preservar las buenas relaciones con los países vecinos; oponerse al narcotráfico, el terrorismo internacional y el crimen, y luchar contra la corrupción. La noticia merece, al menos, un par de comentarios.

Primero, sería muy difícil hallar un candidato que no estuviera dispuesto a suscribir tantas bondades. ¿Alguien podría imaginar a un aspirante a ocupar el sillón de Rivadavia decir: “*prometo defender el crimen y suprimir las libertades políticas?*” Por supuesto, no caeremos en la ingenuidad de suponer que el funcionario Reich se limitó a describir un perfil que seguramente cualquier candidato llenaría. Es la “letra chica”

de esas cualidades las que merecerían, probablemente, una lectura crítica y, eventualmente, un pulgar hacia abajo, de la Casa Blanca. Por ejemplo, ¿qué significa exactamente defender la libertad económica? O, ¿supondría preservar una relación de buena vecindad con Brasil que el futuro presidente argentino coincida con Lula (si es presidente) en oponerse al ALCA?

Segundo, cuesta creer que el mismo día en que aparecen estas declaraciones, un editorial del New York Times señale que “Bush debe poner su casa en orden”, comenzando por explicar sus andanzas como empresario petrolero. O las de su vice Cheney, complicado en una demanda judicial por prácticas contables fraudulentas, cuando, ¡oh casualidad!, también presidía los destinos de un gigante de servicios petroleros texanos. El editorial comenta que Bush Jr. cometió el calamitoso error de sostener que, en su caso, las normas contables “no siempre fueron nítidas, como el blanco y el negro”. Y remata: “en boca de un presidente cuya política exterior, y toda su perspectiva política, está sustentada en la idea de que el mundo puede ser dividido entre el bien y el mal, en blanco o negro, nada podría haber sonado peor”.

También el secretario adjunto Reich ha puesto las cosas en términos de blanco o negro. El candidato a futuro presidente argentino deberá reunir todas las “virtudes” que su gobierno promueve y ninguno de los “vicios” que combate. ¿No habrá llegado la hora de que la fantasía se haga realidad, que algún funcionario sudaca se pronuncie sobre el perfil que debería tener el futuro presidente de los Estados Unidos...y que alguien lo escuche?